

SANTIAGO

(*Asustado.*) ¿Es que usted cree...? ¿A usted le parece que dentro de la verdadera doctrina de gobierno...?

MANOLO

No, yo no digo nada. Usted tiene sus motivos... Conque, ¿decía usted, don Baldomero...?

BALDOMERO

Siéntese usted, querido; siéntese usted a mi lado...

MANOLO

(*Bajo a D. Santiago.*) ¡Qué afable!

SANTIAGO

(*Idem a Manolo.*) Me parece que se alza usted con la niña: viene a parlamentar. Que sea para bien... Hasta ahora. (*Sale.*)

ESCENA VIII

MANOLO y D. BALDOMERO

MANOLO

¿Y cómo es que, después de haber autorizado el cartel, ahora prohíbe?... ¿No creen ustedes que puede dar lugar a un conflicto?

BALDOMERO

No se preocupe usted. Usted no ha de ser el responsable. Sobre todo, usted no estará aquí cuando eso suceda.

MANOLO

¿Que no estaré aquí?

BALDOMERO

No, porque se marchará usted cuanto antes.

MANOLO

¿Yo? ¿Marcharme yo? ¿Quién le ha dicho a usted...?

BALDOMERO

Lo digo yo. Se marchará usted porque yo lo quiero; porque a mí no me conviene que siga usted aquí.

MANOLO

¿Pero dice usted en serio todo eso?

BALDOMERO

Con usted hay que hablar claro; por eso hablo en serio.

MANOLO

¿Y pretende usted...?

BALDOMERO

Ya lo sabe usted: que renuncie usted al cargo que ocupa, con cualquier pretexto justificado que usted encontrará, y que vuelva usted a Madrid cuanto antes.

MANOLO

Así, porque usted lo quiere, porque usted lo manda.

BALDOMERO

No, porque le conviene a usted; por evitarle disgus-

tos. ¡Si yo no tengo por qué quererle a usted mal, pobre joven!...

MANOLO

¿Ahora me compadece usted?

BALDOMERO

¡Ya lo creo! Porque es usted muy niño y tiene muy poco mundo.

MANOLO

Basta. Creo adivinar el motivo de su extraña actitud, y no debo pedir a usted más explicaciones. No le niego a usted que haya pretendido a su hija; yo no sé si ella me corresponde hasta el punto de que usted se subleve en su orgullo de potentado... o en su cariño de padre... Pero por grande que sea mi delito al haberme atrevido a poner los ojos en su hija de usted; por muy señor de horca y cuchillo que usted sea en estos dominios de Moraleta, como no soy su deudor de usted en nada, ni su siervo de usted por lo tanto, no sé cómo podrá usted obligarme a cumplir esa pena de destierro sin otra sentencia más firme que el capricho de usted.

BALDOMERO

Mire usted, joven: a mis años y a mi respetabilidad, sentarían muy mal las bravatas; con rodeos y habilidades tengo medios sobrados para haberle hecho a usted saltar de aquí, sin que usted mismo se hubiera enterado...; y no digo a usted, a quien yo quiera. Pero cuando directamente, cara a cara, le digo a usted: «quiero que usted se marche», es porque puedo decirlo... como consejo... Como mandato, si usted lo prefiere, se lo dirá el mismo don Santiago...

MANOLO

Por consejo de usted...

BALDOMERO

Por su propio decoro. Cuando usted dice que no me debe usted nada, olvida usted que hay deudas que pueden traspasarse y documentos comprometedores que pueden pasar de una mano a otra.

MANOLO

¿Documentos que me comprometen? ¿En manos de usted?

BALDOMERO

No sea usted niño. Usted conoce a Reinososa, el del Círculo de Recreo, donde se jugaba hasta ayer, en que unos disparos indiscretos enteraron a don Santiago de que no se cumplían sus órdenes terminantes. Y se jugaba porque creían estar en su perfecto derecho, en cuanto por una carta...

MANOLO

¿Eh? ¿Usted tiene esa carta?

BALDOMERO

¿Lo ve usted? Esa carta, que servía como de garantía o recibo de cierta cantidad, está en mi poder, y si usted no lo evita, estará muy pronto en manos de don Santiago. Por lo mismo que esa carta no va firmada por usted, sino dirigida a usted, y por persona que, al dirigirse a usted de ese modo, prueba hasta la evidencia la confianza que usted la inspira, usted dirá si a cambio de esa carta es mucho pedir que levante usted el campo... Por

satisfacer a Reinos, que ve cerrado su Círculo, contra lo que se le había prometido, sé que ha dispuesto usted una visita al Círculo de que soy presidente honorario y propietario de la finca. Le advierto a usted que, suponiendo que allí se jugara...

MANOLO

Téngalo usted por seguro. Se juega, y con puerta.

BALDOMERO

Siempre será entre personas decentes, mayores de edad para saber lo que se hacen, y no dar lugar a que nadie tenga que intervenir. Todos no somos iguales, señor mío, aunque usted crea lo contrario; lo mismo al pretender a mi hija, que al pretender ponerme en ridículo ante mis enemigos, presentándome como un vulgar banquero de timba...

MANOLO

Perdone usted mi equivocación. Mientras creí que sólo razones de familia, que yo respetaba, le hacían dirigirse a mí de ese modo, he podido escucharle. Veo que se trata de otros asuntos... puramente industriales, y no tengo para qué contestar. Puede usted hacer el uso que guste de ese documento; pero si llega usted a olvidar cómo se portan los caballeros, yo sé muy bien cómo se trata a los que no lo son. Ni una palabra más... ¡Josefina!

BALDOMERO

Está bien, joven; está bien.

ESCENA IX

DICHOS y JOSEFINA

BALDOMERO

A los pies de usted... ¡Siempre hermosa!

JOSEFINA

¡Don Baldomero! ¿Viene usted por Esperancita? ¿Sabía usted que estaba aquí?

BALDOMERO

¿Dónde mejor? No vengo a buscarla. ¿Es que le ha dicho a usted que ha tenido un disgusto con su mamá? ¡Quién hace caso! Niñadas, mimos de hija única. Créalo usted: hijos, una docena o ninguno.

JOSEFINA

Es verdad. ¿Ha hablado usted con mi marido?

BALDOMERO

Sí; ya me ha dicho que todo está arreglado; supongo que gracias a usted; es usted su ángel bueno. ¡Cuando se tiene al lado a una mujer inteligente!...

JOSEFINA

Supongo que no faltará su esposa a ver los fuegos. Se hará música; bailarán los muchachos...

BALDOMERO

No faltará. Voy yo mismo a buscarla. Vendremos en seguida, antes de que la plaza se llene de gente y no podamos pasar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EL FANSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

JOSEFINA

Hasta ahora, entonces. Esperancita está ya tan contenta.

BALDOMERO

¡Ya lo creo! Estando con usted; la quiere a usted tanto...
(A Manolo.) Hasta luego, joven.

MANOLO

(Con sequedad.) Beso a usted la mano. (Sale D. Baldomero.)

ESCENA X

JOSEFINA y MANOLO

JOSEFINA

Su futuro suegro.

MANOLO

¿Conque futuro?...

JOSEFINA

La niña está enamorada de usted, no le quepa a usted duda; me lo ha confesado; sólo espera que sus padres...

MANOLO

Consientan...

JOSEFINA

Al contrario, que se opongan. Ya la conoce usted.

MANOLO

Sí; esa niña venga a toda Moraleda de la tiranía de su padre; pero él no se opondrá a la voluntad de su hija; es muy solapado para eso; se valdrá de otros medios, me obligará a marcharme de aquí...

JOSEFINA

¿A usted?

MANOLO

Estoy en sus manos. Don Baldomero me conoce. Si se tratara sólo de luchar por mi cuenta; si fuera yo solo quien... Pero se trata de alguien más: de la persona más querida y, usted lo sabe, más respetada por mí...

JOSEFINA

¿De mi marido?

MANOLO

He dicho la más querida; si he dicho la más respetada, es porque yo respeto lo que usted respeta.

JOSEFINA

¿Y se trata de mí? ¿Y don Baldomero le ha hablado a usted de mí? ¿Y dice usted que por mí puede usted verse obligado a renunciar a su boda con Esperancita? ¿A marcharse de aquí?

MANOLO

A la boda, sabe usted que renuncio sin pena. Por consejo de usted empecé a tontear con Esperancita...

JOSEFINA

Me suplicó ella que le animara a usted. Era un bri-

llante porvenir para usted, y ella tampoco perdía nada. Entre usted y estos señoritos de Moraleda, que no saben salir del Casino, que no piensan ni se ocupan en nada serio, con más vicios que los de Madrid, digan lo que quieran... Además, yo había puesto empeño en hacer esa boda; nuestra buena amistad, al fin y al cabo, es amistad de hombre y mujer, siempre difícil...

MANOLO

Pero deliciosa. Con todas las delicadezas del amor, y sin temer... Al contrario, deseando que concluya.

JOSEFINA

¿Que concluya?

MANOLO

Sí; porque ya sabe uno cómo puede concluir...

JOSEFINA

(Enojada.) No diga usted eso; si lo espera usted, si lo desea, no es usted mi amigo.

MANOLO

Desearlo, no. Cuando confió usted en mi lealtad, y con lágrimas en los ojos me dijo: «Estoy sola en el mundo; no tengo más que a mi marido, y a un marido, por mucha confianza que inspire, hay intimidaciones que no pueden confiársele...», por ejemplo, lo que una piensa de él, de seguro le disgustaría.»

JOSEFINA

¿Yo le dije a usted eso?

MANOLO

En el fondo; en la forma variaba algo... Yo estrechaba

sus manos de usted, mientras usted me decía: «Sea usted mi amigo, mi verdadero amigo.» Y desde entonces, la confianza que usted me dispensó, sus confidencias, intimidaciones que eran sólo de usted y más..., ¡nuestras!; todo lo que a otro, que la hubiera querido a usted menos, le hubiera dado osadía, a mí me obligaba al respeto, me sujetaba el corazón; pero me contentaba tanto al mismo tiempo, me parecía tan noble, tan digno de mí aquel sentimiento, que, créalo usted, no cambiaría esta dulce amistad por todos los amores del mundo.

JOSEFINA

Así me gusta. Es usted un hombre de honor. *(Cogiéndole una mano.)*

MANOLO

(Cogiéndole la otra.) No podrá usted dudarle nunca. Todo, todo lo sacrifico por usted.

JOSEFINA

No, eso no. Yo no puedo aceptar ese sacrificio. ¿Qué le ha dicho a usted don Baldomero?

MANOLO

¡Josefina! Si no me marcho de aquí, don Baldomero hará que nos marchemos todos, y en el ridículo más espantoso... Porque él no cede, y yo le estorbo; le molesto..., no sé si como pretendiente de su hija o como secretario del Gobierno...; es lo mismo.

JOSEFINA

¿Pero cuenta usted con algo en Madrid?

MANOLO

Con nada. ¡De volver, renunciaré a todo!... ¡No sé lo

que será de mí!... ¡He luchado tanto!... Sí, lo sé... Estos días ha vuelto a darme punzadas el corazón...; es el aneurisma.

JOSEFINA

¡No diga usted eso! ¿Por qué no se pone usted en sinapismo? Eso no será nada; yo también, algunas veces, siento así... Pero usted no puede marcharse; no se marchará usted; se lo diré a Santiago.

MANOLO

¿A don Santiago?... ¿No sabe usted que don Baldomero tiene en su poder una carta de usted?

JOSEFINA

¿Una carta mía? ¿Qué carta?

MANOLO

Una carta que usted me dirigió...

JOSEFINA

Pero esa carta no tendrá nada de particular.

MANOLO

Según lo que llamemos particular. ¿No recuerda usted? Usted necesitaba pagar unas cuentas en Madrid sin que su marido supiera nada... Necesitaba usted con urgencia una cantidad. No había más que un medio. Reinoso exigía una garantía; porque no figurando don Santiago para nada, él no tenía motivos para fiarse de mí. Entonces convinimos en que usted me escribiera una carta, y esa carta...

JOSEFINA

¿Pero esa carta salió de manos de usted!

MANOLO

¡Usted me ofende! ¡Creyó usted que era yo el que necesitaba recibo!

JOSEFINA

¿Y por qué no me dijo usted que era preciso entregar la carta?

MANOLO

¿Y por qué me dijo usted que si en veinticuatro horas no enviaba usted a Madrid esa cantidad, tendría usted que separarse de su marido... por no órle?

JOSEFINA

¿Yo dije eso? ¿Pero no comprende usted que ahora estamos en manos de esa gentuza?

MANOLO

¿Pero usted cree que esa gentuza saca de apuros por galantería?

JOSEFINA

Todo eso debió usted decírmelo antes. ¿Qué se hace ahora? ¡Si mi marido ve esa carta!...

MANOLO

No la verá. Con marcharme yo...

JOSEFINA

Eso cree usted. Esa carta traerá mucha cola; ya lo verá usted. ¡Si cuando nace una mujer debía morir! Y bien está que una se deje engañar; pero ustedes, que conocen el mundo y saben con quién tratan...

MANOLO

¡Ya lo creo! Por eso yo le aseguro a usted que antes de marcharme de aquí tendrá usted esa carta, cueste lo que cueste. Yo no puedo consentir que usted sufra por mí.

JOSEFINA

¡Ni yo tampoco que usted pierda su posición por culpa mía!... Todo por tener un marido que no se hace cargo de nada. ¡Qué disgusto si se entera! ¡Créalo usted, más que si la carta le probase que yo le engañaba con cualquiera! Ya ve usted. ¡Yo comprendo que no se haga nada que perjudique a nadie, que cause daño!... Por ejemplo, yo no faltaría a mi marido por nada en este mundo...; pero que jueguen o que dejen de jugar, y que paguen el capricho, si pagan a gusto..., ¿qué mal hay en esto? Pero no; la moralidad, el decoro... ¿Cree usted que con el triste sueldo de un Gobernador se puede vivir con decoro?... Pero son ustedes así. Lo mismo que usted. Ya se le podía haber ocurrido algo... Pero no; lo más simple, lo que se le ocurre a cualquiera... «Me marcho; usted se queda aquí, sola, entregada a esos bribones, que sabe Dios cómo tratarán de explotar el secreto...» Y además, ¡como si una no tuviera corazón; como si sólo me importara lo que a mí se refiere; como si usted, por su parte, no significara nada para mí!... ¡No quisiera más que llevar pantalones, para que viera usted de lo que yo era capaz!

MANOLO

Ya lo sé, Josefina. Y si usted se atreviera..., si yo contara con usted...

JOSEFINA

¿Qué?

MANOLO

Daría la batalla, pero en grande. Sabría don Baldo-mero quién era yo; levantaría contra él a todos sus oprimidos, a todos los que le odian; y cuando él quisiera echarnos de aquí, la opinión popular estaría de nuestra parte... ¡Ah, si usted creyera en mí; si usted fuera capaz de despreciar a esa gente que tanto significa para usted!...

JOSEFINA

¿Qué puedo yo hacer?

MANOLO

Todo lo que sea atacarles en su terreno. En primer lugar, decir a don Santiago que permita la representación de *Obscurantismo*, que asista a ella, asistir usted...

JOSEFINA

¿Yo? ¡Qué disparate!

MANOLO

Si; se malquitará usted con los suyos... ¡Los suyos! ¡Estaban con usted cuando vivía usted en Madrid humildemente..., cuando para nada necesitaban de usted y podía usted necesitarlos?

JOSEFINA

Tiene usted razón.

MANOLO

En cambio..., ¡qué triunfo popular! Si usted viera a la gente agolpada para comprar billetes en el teatro! ¡Qué entusiasmos!.. ¡Qué anhelo de protesta!... ¡Cómo puede

aprovecharse todo eso! Pero cuando llegue la orden de suspensión y vean en ello la influencia de los elementos reaccionarios con usted y con su marido... No lo dude usted: es de temer un grave conflicto, que acaso le obligue a dimitir a don Santiago, y en condiciones desairadas con el Gobierno y con la población... En cambio, suponga usted que por significarse en sentido liberal, son los elementos reaccionarios los que le obligan a saltar de aquí..., el pueblo, la gran masa estará de su parte, le aclamarán como campeón de libertades públicas, y el Gobierno..., el Gobierno está muy quebrantado, en inminente crisis que ha de resolverse con predominio de los elementos liberales del Ministerio, y entonces no tendrán más medio que apoyar a don Santiago, ascenderle quizás a un Gobierno de primera. Esto es evidente, es alta política. Hay que mirar al horizonte, tener grandeza de alma y no creer que lo más importante es lo que está más cerca, sólo porque está más cerca. ¿No lo ve usted así?

JOSEFINA

Yo no veo nada, la verdad. Todo eso puede ser, usted lo dice. ¡Pero si hubiera crisis!

MANOLO

Es indudable.

JOSEFINA

¿Usted en qué se funda para creerlo?

MANOLO

El país está perturbado; hay desórdenes en varias provincias; habrá que suspender la garantías constitucionales, y para suprimir libertades, ya sabe usted que un Gobierno liberal es el más indicado; siempre inspira más confianza; además, estamos en otoño; hay dos épo-

cas en el año peligrosas para todo Gobierno: la del verano y la del alombrado, con los cambios de ropa consiguiente. Miles de familias en la oposición que desean tomar baños en verano, y otras tantas casas que necesitan alfombra al entrar el invierno, son una fuerza que sólo necesita un pretexto para derribar a cualquier Gobierno. Créame usted, por instinto de conservación, don Santiago debe hacer alardes de liberalismo, y el primero es permitir la representación de *Obscurantismo*, contra lo que ustedes le han aconsejado.

JOSEFINA

¿Pero no comprende usted que si yo le digo ahora eso dirá con razón que estoy loca?

MANOLO

¿Por qué?

JOSEFINA

Porque no hace media hora le amenacé con marcharme a Madrid si la permitía.

MANOLO

En media hora ha podido usted ver las cosas de otra manera; las ha visto usted. Antes le aconsejó usted por egoísmo; ahora le aconseja usted con mayor amplitud de miras.

JOSEFINA

¿Y cómo le digo todo lo contrario de lo que acabo de decirle para convencerle?

MANOLO

Antes le convenció usted llevándole la contraria; ahora le será a usted más fácil.

JOSEFINA

Si usted no sabe lo que le he dicho; si... Además, no creo que resolvamos nada. Ahora dirá la gente lo que ya dice la Marquesa en casa de doña O; lo ha dicho: que si mi marido había permitido que se anunciara la obra es porque el empresario de la compañía es hermano de usted, y usted lleva parte en el negocio, y por eso usted había influido conmigo y yo con mi marido... ¡Buena es esa gente! ¡Ya ve usted lo que inventan!

MANOLO

No; lo saben todo, y es verdad; menos que yo esperase encontrarme aquí con mi hermano; pero es mi hermano, sí; que ha corrido el mundo, como yo la vida, luchando por ella; él, con sus empresas entre comediantes; yo, con las mías entre comediantes también; para él, como para mí, la mejor comedia es la que da para vivir; allá el que la escribió con sus ideas. No me pesa el haberle encontrado; ha venido a recordarme a tiempo que como él, mi hermano, deben ser los míos; los que han luchado por la vida un día y otro; los que no pude gozar nunca el lujo de acordar nuestros actos con nuestra conciencia; los desheredados, ¡los oprimidos!... Y ahora, porque llevo esta librea burguesa, sería yo traidor y cobarde si no estuviera a su lado, contra esa sociedad de tartufos, que quieren hacernos creer que defienden ideas, cuando defienden intereses. ¡Libertad, o religión, o patria!... Esas son las palabras grandes que les sirven de trinchera o de barricada para defender su interés egoísta, una posición social, un sueldo, hasta un negocio de timba, como don Baldomero. Yo, por lo menos, no engaño; lucho por la vida; defendiendo a los míos. ¡Ya lo sabe usted! Ahora, elija usted; usted, que es mujer de corazón, que ha sufrido y luchado en la vida, podrá usted saber también cuáles son los suyos... ¡nosotros... o éstos!

JOSEFINA

Sí, tiene usted razón; sí, eso mismo es lo que yo siento; sí, no debemos consentir que esa gente se nos imponga; sí, debemos darles una lección... Lo que no veo es cómo convenzo yo otra vez a mi marido...

MANOLO

¡Aquí le tiene usted!... Yo estoy a su lado.

JOSEFINA

Va a decir que estoy loca, como si lo oyera; loca de remate.

ESCENA XI

DICHOS y D. SANTIAGO

SANTIAGO

(Muy satisfecho.) Ya estarás contenta... *(A Manolo.)* Ya sabrá usted que por fin... Y en medio de todo estoy satisfecho. Envío al Ministro una razonada exposición, una orden terminante a la Empresa. ¿Qué ocurre? ¿Qué caras!... ¿He vuelto a equivocarme?... ¡Josefina! ¡Habla!

JOSEFINA

Mira, Santiago: las mujeres no debíamos mezclarnos nunca en vuestros asuntos. Somos impresionables; el círculo de nuestras ideas es mezquino, casero... *(Bajo a Manolo.)* ¿Voy bien?

MANOLO

¡Admirable!

JOSEFINA

Damos demasiada importancia a una pequeñez, y no sabemos mirar a lo lejos, al horizonte...

MANOLO

¡Sublime!

SANTIAGO

¿Y qué quieres decirme con todo eso?

JOSEFINA

Que un hombre de juicio no debe nunca tomar en cuenta lo que le aconseje su mujer.

SANTIAGO

¿Y todo se te ha ocurrido ahora, en este breve lapso? ¿Qué le parece a usted?

MANOLO

Josefina se ha dejado sugestionar por ciertos elementos malintencionados, sin comprender que usted no puede ser juguete de una politiquilla de campanario.

SANTIAGO

¿De modo que usted cree que ha sido una atrocidad?... ¡Ya lo decía yo! (*A Josefina.*) ¿Y tú, tú me dices ahora...?

JOSEFINA

Que te has equivocado; que has caído en un lazo; que te has puesto enfrente de la opinión, y que, sin pérdida de tiempo, debes salvar tu responsabilidad levantando esa prohibición arbitraria y ridícula...

MANOLO

Más arbitraria que ridícula.

SANTIAGO

¡Oh, oh! ¡Esto ya es demasiado! (*A Manolo.*) ¿Qué le parece a usted? ¿Cómo es posible que rectifique por segunda vez, que mi autoridad quede por los suelos? ¡No, no! Esta vez sostendré lo mandado, aunque sea una barbaridad. ¿No sería ridículo que ahora...? Dígame usted imparcialmente...

MANOLO

Sí..., en efecto...

JOSEFINA

(*Bajo a Manolo.*) Ahora me desampara usted. (*Alto.*) Manolo, si es sincero contigo, te dirá, como a mí, que te expones a un grave conflicto, que se alterará el orden público, que te costará muchos disgustos tu obstinación.

SANTIAGO

¡Mi obstinación! ¡Señor, a cualquier cosa llaman obstinación!

JOSEFINA

(*Los tres hablan casi a un tiempo.*) Dígame usted lo que me dijo antes.

MANOLO

Yo decía que...

SANTIAGO

Es inútil; no puede ser.

JOSEFINA

Te pesará cuando sea tarde.

MANOLO

No se acaloren ustedes.

SANTIAGO

Aunque me pese, aunque arda Moraleda.

MANOLO

¡Señores, que viene gente!...

JOSEFINA

Nuestros invitados. No se hable más. *(Sale a recibir a la gente.)*

SANTIAGO

Quisiera yo haber visto a Richelieu, a Felipe II, a cualquier gran político, con una mujer como ésta.

ESCENA XII

DICHOS, JIMENA, BELISA y D. BASILIO. (Saludos, etc.)

JOSEFINA

¡Queridas!... Así me gusta, las primeritas...

BASILIO

¡Señor don Santiago!...

BELISA

Más tarde no se podrá pasar. ¡Qué gentío! Nunca he visto tanta gente junta.

JIMENA

Es un maremágnum.

BELISA

Creí que nos ahogaban.

JIMENA

Pues hemos estado si veníamos, si no veníamos...

JOSEFINA

¿Sí? ¿Por qué?

JIMENA

Nos dijeron que había jarana..., que la gente andaba alborotada alrededor del teatro...

SANTIAGO

¿Conque jarana?...

BASILIO

No será cosa. Cuatro alborotadores que protestan...

JOSEFINA

(Bajo a D. Santiago.) Verás si nos cuesta cara la broma.

SANTIAGO

Eso ya lo sabía yo... Pero estamos a oscuras. Encenderé. ¡Vaya, no hay corriente!

JOSEFINA

¡Qué gracia de luz!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, NEX.

JIMENA

En casa ha pasado lo mismo.

MANOLO

Otro monopolio de don Baldomero; así anda aquí todo; ¡y váyale usted con multas!

SANTIAGO

Es que estos días, con las iluminaciones, la máquina no tiene bastante fuerza.

BASILIO

Digan lo que quieran, estos inventos modernos no me convencen. Apariencia nada más. *(Josefina ha llamado y sale un empleado.)*

JOSEFINA

Traiga usted unos candelabros con velas.

EMPLEADO

(Dando una tarjeta a Manolo.) Este señor desea ver a usted, y, si es posible, al señor Gobernador. Dice que se trata de un asunto urgente, de orden público.

MANOLO

Es el empresario del teatro.

JOSEFINA

(Bajo a Manolo.) ¿Su hermano de usted?

MANOLO

(Idem.) ¡Chist! *(Alto a D. Santiago.)* ¿Quiere usted hablar con él?

SANTIAGO

No quiero hablar con nadie. Haga usted lo que quiera; resuelva usted lo que le parezca... Resigno el mando.

JOSEFINA

(Bajo.) ¿Qué va usted a hacer?

MANOLO

(Idem.) Darle un disgusto a don Baldomero. *(Alto.)* De modo que...

SANTIAGO

Lo que usted quiera, lo que ustedes quieran. Yo, de todos modos, voy a extender mi dimisión, por si acaso. *(Sale Manolo.)*

BASILIO

Usted, mareado con tanto asunto... Yo no sé qué gusto encuentran ustedes en desempeñar estos cargos.

SANTIAGO

¿Yo? Ninguno. Puede usted creerlo.

BELISA

(Al balcón.) Mira, mira quién va por allí.

JIMENA

¡Qué escándalo! ¡Mire usted, papá; mire usted!

JOSEFINA

¿Qué pasa?

BELISA

Que no puede una fiarse ni de la camisa que lleva puesta.

BASILIO

Estás hijas me tienen siempre con el alma en un hilo. ¿Qué hay?

JIMENA

Tomasa, la chica de casa, que nos dijo que iba a ver los fuegos en casa de su tía, y ahí la tiene usted paseando con uno que será su novio.

SANTIAGO

Es posible.

JIMENA

Luego, si las ocurre un percance, dirán que una no las vigila.

BELISA

O que no se las da ejemplo.

JOSEFINA

¡Por Dios! ¿Quién va a decir eso?

JIMENA

Debía usted bajar y llevársela a casa de un brazo...

BELISA

El mejor día nos mete un hombre en casa y nos da un susto.

SANTIAGO

(Bajo a Josefina.) ¿Qué más quisieran!

ESCENA XIII

DICHOS, la MARQUESA DE TORRELODONES
y ESPERANZA

MARQUESA DE TORRELODONES

(A Josefina.) ¡Podíamos esperarte!...

JOSEFINA

He estado de conferencias. ¡Alta política!

ESPERANZA

¡Hola, Jimena! ¡Adiós, Belisa!

BELISA

¡Qué mona estás! ¿Este es el traje que te han traído de Madrid?

ESPERANZA

No; éste es de París, y lo llevo muy a disgusto.

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Y papá, por dónde anda? Desde que hemos venido a Moraleda, está hecho un golfo... Todo el día de pingo.

JIMENA

¡Hijas! ¡Qué lenguaje! Éstas son las madrileñas; luego se burlan de las provincianas.

BELISA

Y a mí no me gusta cómo se viste.

JIMENA

Ni cómo se peina.

BELISA

¿Y os habéis fijado en el modo de andar?

JOSEFINA

(Bajo a la Marquesa.) Me parece que la Retórica y la Poética nos cortan un traje.

MARQUESA DE TORRELODONES

Pues que se anden con cuidado, porque ya sabes que detrás de toda madrileña, por muy marquesa que sea, hay una chula; conque a ver si les doy recuerdos del Lavapiés.

JOSEFINA

¡Qué cosas tienes!

ESCENA XIV

DICHOS, D.^a O y POLITO

DOÑA O

¡Qué animado está esto!

ESPERANZA

¡Mamá!...

POLITO

¡Señoras!...

JOSEFINA

¿Por fin se ha atrevido usted a venir?

DOÑA O

Después de sus explicaciones. Don Santiago...

SANTIAGO

¡Ah! A los pies de usted, O.

ESPERANZA

¿Y papá?

DOÑA O

Venía conmigo; pero nos encontramos a Polito y se ofreció a acompañarme. Tu padre se ha quedado en el Casino; no tardará. Ha ido a enterarse, porque corrían rumores de algo...

BASILIO

¿Hay efervescencia?

DOÑA O

Gentuzza que no tiene qué perder. Parece que gritaban frente al teatro...

BELISA

Don Santiago, ¿usted cree que estaremos seguras?

SANTIAGO

¡Ya lo creo! Ustedes no tienen qué temer.

POLITO

¿Está usted enfadada conmigo, Esperancita?

ESPERANZA

Estoy enfadada con todo el mundo.

POLITO

¡Parece mentira! ¡Con lo que todo el mundo la quiere a usted!

ESPERANZA

¡Si es que no necesito que me quiera nadie! ¿Se entera usted?

POLITO

¡Qué amable!

ESPERANZA

¡Mejor!

MARQUESA DE TORRELODONES

¿No ha visto usted a papá?

POLITO

Lo dejé en el Suizo con Campos y Reguera. Quedaron en venir a ver los fuegos desde aquí.

MARQUESA DE TORRELODONES

¿De veras? ¡Cuánto me alegro!

DOÑA O

(A Josefina.) ¿Vienen los toreros? ¡Aquí, al Gobierno!... ¡No me quedaba más que ver!...

ESCENA XV

Dichos, la MARQUESA DE VILLAQUEJIDO, TERESITA, D. TEODORO y D. GUILLERMO

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

Miren ustedes a quién traemos aquí.

TERESITA

Vienen a la fuerza. Querían ver los fuegos desde la calle...

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡Ya están ustedes buenos! Buscando las apreturas...

GUILLERMO

Y que las hay, las hay...

SANTIAGO

La verdad es que, siendo la plaza tan grande, toda la gente se agolpa en este trecho.

TEODORO

Es que hay una tendencia natural en la Humanidad al apretujón.

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡Valientes coscones! Son ustedes el escándalo de Moraleda. La última cocinera que tuve se me fué por usted.

GUILLERMO

¡Ja, ja! ¡Qué diablura!

BELISA

Sí; tienen muy buen gusto.

JIMENA

La cebolla y el perejil son sus perfumes favoritos.

TEODORO

Como no somos cotorras, no nos asusta el perejil.

BELISA

¡Qué galante!

JIMENA

No les digas nada. ¡No vayan a soltarte otra coz estos solterones!

TERESITA

A mí me gustan mucho los fuegos, sobre todo los cohetes.

MARQUESA DE TORRELODONES

Pues en el convento no los verá usted.

TERESITA

Por eso me aprovecho... ¡Cómo corren los paletos!... ¡Ja, jal... ¡Qué risa!

ESCENA XVI

Dichos, el MARQUÉS DE TORRELODONES,
CAMPOS y REGUERA

MARQUÉS

¡Señores! (*Saludos, etc.*)

MARQUESA DE TORRELODONES

(*A Campos.*) Venga usted al balcón, Campos; tengo que pedirle a usted un favor.

CAMPOS

Usted dirá.

MARQUESA DE TORRELODONES

Un retrato de usted..., así... Esté usted muy bien...

CAMPOS

Así, citando a matar. ¿Le parece a usted?

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Ay, qué gracioso! Traiga usted una silla.

DOÑA O

(*A Josefina.*) Y le asoma al balcón, para que se entere la gente... No se habla de otra cosa...

JOSEFINA

Lo creo. Aquí se asustan mucho de todo lo que se ve...

MARQUÉS

Sí, señor; en los alrededores del teatro: que si se pro-

hibe, que si no se prohíbe; dicen que ha habido vivas y y mueras...

SANTIAGO

¿Y cómo no me han dado aviso? ¡Esos inspectores!... Tendré yo que salir a enterarme... (*Llama.*)

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¿Pero ocurre algo? ¿Qué sucede?

SANTIAGO

Nada, nada... ¿Pero no hay nadie en esta casa? ¡Bueno está el Gobierno!

ESCENA XVII

DICHOS, D. BALDOMERO. Después MANOLO
y un EMPLEADO

TODOS

(*Viéndole entrar muy descompuesto.*) ¿Qué hay? ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

ESPERANZA

¡Papá!...

BALDOMERO

Nada. Un atropello. ¡Esa canalla!... ¡Me han insultado!

TODOS

¿A usted? ¡Jesús!...

BALDOMERO

Se ha formado una manifestación frente al teatro, y vienen hacia aquí cantando el himno de Riego.

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡El himno de Riego! Cuando se oía en mis tiempos había que esconder la plata.

TEODORO

Ahora puede usted ahorrarse el trabajo. Se la han llevado toda otras músicas. (*Entra Manolo, seguido del empleado.*)

MANOLO

¡Don Santiago! ¡Pronto!... Vienen hacia aquí, dando vivas a la Libertad y mueras a ... (*A D. Baldomero.*) a usted, principalmente.

SANTIAGO

¡Pronto!... ¡El bastón, el sombrero!... (*Las señoras gritan. Belisa se desmaya.*) El nuevo, no... ¡Bueno van a ponerme!

BALDOMERO

Todo por no tener carácter.

SANTIAGO

¡Si me hubieran dejado ustedes cumplir con mi deber!...

DOÑA O

A esto conducen las contemplaciones con esa gente.

JOSEFINA

La culpa la tiene mi marido por haber hecho caso de ustedes... ¡Ya lo ves! ¿No decían ustedes que todo el mundo pensaba como ustedes?... (*Se oyen gritos cerca, vivas y mueras.*)

TODOS

¡Ya están ahí!... Cerrad los balcones... ¡No se asusten ustedes!... ¡Apagad las luces, no tiren piedras... (*Apagan las luces. Gran confusión.*)

SANTIAGO

¿Por dónde salgo?... Venga usted.

JOSEFINA

¡No salgas..., no salgas!...

SANTIAGO

Mi deber es primero... (*Se oye una detonación y aparece iluminado con luz roja el fondo de la escena. Gran gritería.*)
¡Un tiro! ¡Fuego!

MANOLO

Es que se han prendido los fuegos. .

DOÑA O

¡Pobre Moraleda!

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡El fin del mundo!...

JOSEFINA

¡Todo por ustedes..., por ustedes!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Dos palcos en la plaza de toros de Moraleda. El de la derecha figura ser el presidencial, y será algo mayor que el de la izquierda (del espectador).

ESCENA I

D. TRINO y DAMIÁN. Un ACOMODADOR

(*El acomodador coloca en los antepalcos programas de seda. Don Trino y Damián disponen el lunch sobre la mesa que habrá en el antepalco.*)

TRINO

Dejaremos aquí esto; las copas aquí. ¿Está todo?

DAMIÁN

Todo. Yo vendré a servirlo después del tercer toro, que es el descanso.

TRINO

(*Asomándose al palco.*) ¡Cómo está la plaza! (*Aplausos. Don Trino se retira asustado.*) ¡Uy, han creído que era el Gobernador, y me aplauden! ¡Pues no falta todavía para empezar!

DAMIÁN

Media hora, lo menos. Los del sol lo toman con tiem-